

Experiencias futbolísticas

Mi primera y casi única experiencia relacionada con el fútbol la tuve a finales de la década de los cuarenta al aceptar la invitación de un amiguito. Al comenzar la tarde montamos en un autobús de los poseedores de una escalera en su parte trasera hasta el techo para colocar las maletas o lo que fuere.

En la Alameda, junto a los altivos Hércules y Julio César situados en la proximidad de la calle Trajano, un gentío se disponía al asalto, ocasionando un abarrotamiento absoluto: incluida la escalera —tal cuerda de mejillones— y el techo, batea de los escaladores. El destino era el campo de Nervión. De nada valieron las protestas del viejo artefacto, testigo de la reciente guerra incivil. Al paso lento de la necesidad llegamos apretujados por una humanidad oliendo a sudor, tabaco colillero, jabón verde y a las suelas de goma de las populares alpargatas. El Bosco hubiese incluido la estampa en su cuadro *La mesa de los pecados capitales*. En ocasiones pensé en el cobrador porque, al no recordarlo, hasta he creído en el misterio de su inexistencia por la imposibilidad de penetrar entre los cuerpos compactados. Desde entonces, el concepto de eternidad lo tengo mucho más asimilado.

Pero no tardé demasiado tiempo en experimentar nuevas sensaciones de promiscuidad porque, situados en una localidad detrás de una portería, de pie, comprobé la angustia de los aplastamientos. Resulta que ante las incidencias de cualquier signo, una avalancha se precipitaba gradas abajo y apretujaba al personal cercano a unas barandas horizontales colocadas *had hoc* para impedir que directamente aterrizase el gentío en el campo como alud imparable.

Maldije por lo bajini decenas de veces el ofrecimiento del amigo y añoré las pelotas de trapo con las cuales jugábamos en la calle, fútbol activo y no ese del espectáculo masificado. Lo bueno o malo —según se mire— radicaba en el sexo femenino, absolutamente ausente de un evento reservado para hombres, no sé si por su dureza horneada con palabrotas o por los muy probables impúdicos arrechuchos. Para, al fin, regresar por la interminable Avenida Eduardo Dato cabizbajos por la derrota del Sevilla Club de Fútbol ante un Valencia, rival por doble motivo: futbolístico y por contrincante del censo ciudadano.

Lo que acabo de narrar me llegó por las recientes colas nocturnas de los aficionados para sacar las entradas. Dudo si estos sacrificios me llegan al alma o al hígado. O sea, que de ser un dios no sabría si perdonarlos o mandarles directamente al infierno. Quizá optase por lo primero porque, este y más de una vez, pensó que los inclinados a escribir estamos a imagen y semejanza de los noctámbulos por malgastar horas en verter consideraciones pseudofilosóficas. Y, al final de los tiempos, vueltos al principio, podrían decirme: «Mucho rollo el tuyo, tío, y totá pa na. Has perdido noches de cachondeo a las puertas de las taquillas: mesas, sillas, mantas y lingoteos de cubatas que te pone a cien para machacar mejor a los poseedores de un color distinto a los nuestros. Porque nosotros defendemos a muerte nuestro color mientras tú tienes el rostro pálido del último mohicano viudo».

No sé, puede que me brotase alguna ocurrencia. Quizá les diría: «Amigos, tranquilos, al menos permitidme que, violencias aparte de las cuales sois doctores, sueñe con la posibilidad de que una noche las colas nocturnas serpenteasen ante las bibliotecas que, aunque no sea mi exclusivo anhelo constituye un campo de ensoñación para quitar entuertos».

